

EN LA NIEBLA DEL GUADIANA

Las aguas del Guadiana no eran hogar para una sirena, pero allí estaba.

En aquel punto el río se estrechaba, ganando profundidad, y el bosque cubría toda la orilla, con las cañas brotando desde el agua. No había manera de acceder por tierra, pues no existía camino alguno entre la vegetación, excepto el elaborado por los zorros cuando bajaban a beber a medianoche.

Una mano blanca salió del agua, apoyándose en la roca más cercana, y ella emergió. Aunque su piel se iba desvaneciendo cada año que pasaba, aún conservaba el recuerdo de la suavidad, la impresión del tacto, como si aún pudiera sentir algo que no fuera frío, como si no pudiera ver sus venas y sus huesos, haciéndose cada vez más transparentes, exactamente igual que un fantasma.

La joven alzó la cabeza, su cabello blanco dispersándose por la orilla, como el humo. La Luna estaba llena, y presidía el cielo con su aureola perlina. No se oía nada, solo el susurro del viento contra las hojas de los árboles y un búho a lo lejos que había salido a cazar. Sin embargo, en aquella noche remota, le pareció sentir algo nuevo. Una energía vibrante y peligrosa en el ambiente, río abajo, proveniente de la ciudad.

Y, por primera vez en doscientos años, la sirena tuvo miedo.

El Sol salió a la mañana siguiente, como cada día, y con él fueron las personas a trabajar. Cuatro puentes cruzaban el Guadiana, y todos recibieron a los transeúntes que, andando o conduciendo, no repararon realmente en la figura que bajaba al paseo del río.

Era un hombre larguirucho, con la nariz prominente, pero unos ojos brillantes llenos de juventud y astucia. Llevaba ropa de color café y un maletín de cuero que dejó sobre un banco y se apresuró a abrir. Lo que había dentro no era mucho: tres perlas cristalinas que, pese a su pequeño tamaño, parecían bolas de cristal. Agarró uno de los orbes resplandecientes y lo colocó a contraluz, observando cómo algo vivo, atrapado dentro, daba vueltas mientras intentaba liberarse.

—Ay, mi querida amiga —dijo el hombre—. Ya está bien de llorar y esconderse. Esta misma noche reclamaremos lo que es nuestro.

Y, sin más dilación, dejó caer la piedra al agua. Guardó las otras dos, carcajeándose ligeramente, y escapó de allí antes de que nadie se diese cuenta de que sus ropas ya no eran marrones, ni su nariz larga, ni sus ojos grandes y redondos...

Las aguas del Guadiana no eran hogar para una sirena, pero no había otro sitio donde ella pudiera ir. Remontar los afluentes no era buena idea, pues solo la oscuridad de las profundidades la calmaba, permitiéndole huir del astro que alumbraba a la gente viva. Y el agua era lo único que podía sentir, el frío, la calma.

Aquella noche, por más que quiso oponerse a la llamada, no pudo evitarlo. Llevaba mucho tiempo alejándose de las personas y evitando también a los seres sobrenaturales. La noche era el momento más seguro para aquellos que no deseaban ser vistos, pero, incluso para los más valientes, acercarse a un asentamiento humano era peligroso. Sin embargo, la energía que la reclamaba, como un latido horroroso, provenía de la ciudad. No le quedó otra que acercarse, río abajo, con el corazón en un puño y la sensación de que estaba haciendo algo insensato. Aunque tal vez fuera buena idea, pues, si alguna cosa le ocurría, podría ponerle fin a su sufrimiento.

Se deslizó entre las aguas, acompañada de algunos barbos curiosos, un par de galápagos y un somormujo. Sin embargo, los animales se quedaron atrás en cuanto se acercó al primer puente de la ciudad, menos transitado debido a que era de madrugada. Una vibración muy potente se emitía desde una de las islas del centro del río.

Entre las adelfas y los eucaliptos, algo brillaba como una estrella caída, susurrando su nombre. Se aproximó, curiosa, aunque también presa de un helado terror, y tal vez por eso no reparó en lo que era hasta que fue demasiado tarde. Al tocar la perla, esta se le quedó clavada a su fina e invisible piel, y algo empezó a moverse, liberándose en el interior de su cuerpo.

Aquello no era una perla; era un huevo. El gusano que portaba, emitiendo ondas y vibraciones graves que le impedían moverse, pero no gritar, fue deslizándose por su cuerpo transparente hasta llegar a su mente, y allí se atrincheró.

Se llevó las manos a la cabeza, sintiendo un dolor muy fuerte, y con lágrimas en los ojos. Una emoción intensa que hacía tiempo que no tenía le recorrió la sien: odio. Odio por las personas vivas, odio por los seres humanos.

Consciente de que aquel parásito la estaba controlando, pero sin ser capaz de impedirlo, nadó hacia un embarcadero, mientras una niebla espesa, tan voluble como sus mechones de pelo, cubría todo el río.

Muy pocas personas se movían en la ciudad de noche a estas horas, pero había un joven sentado en el embarcadero, que se había quitado los zapatos y se estaba mojando las piernas mientras contemplaba el Guadiana. Había salido de fiesta con sus amigos a una discoteca cercana, pero se había bajado a tomar aire fresco a la orilla, mientras acababa una bolsa de patatas fritas. El envoltorio voló con el viento, cayendo al agua, y el chaval no se molestó en recogerlo.

Escondida en la bruma, la joven esperó el momento para atacar. Los humanos eran unos seres repugnantes, que temían todo lo paranormal, pero también traicionaban y abandonaban a las personas que querían. Apretó los puños, mientras le hervía la sangre por un crimen antiguo, algo que había tratado de olvidar.

¿Cuál sería la manera más rápida de acabar con la vida de este desagradable humano? Tal vez ahogándolo.

Se acercó y, con rapidez, tomó su muñeca, clavándole unas garras que no sabía que tenía. La expresión de paz del muchacho cambió a una del más profundo terror, cuando vio a aquella criatura, salida de la niebla misma, con la piel tan pálida y los ojos del mismo azul oscuro que el río, agarrándolo y arrastrándolo al río. Gritó, muerto de miedo, con los pelos de punta. Por mucho que intentaba hacer uso de su fuerza, era incapaz: el espectro, como si de una corriente de agua se tratase, no admitía oposición.

—¡No, por favor! —chilló—. ¡Suéltame!

Ella ya no podía pensar con claridad, pero cuando él habló, un recuerdo la asaltó y su corazón dio un vuelco. Este chico... se parecía tanto a esa persona. La misma voz, el mismo pelo, los mismos ojos... ¿Podría ser su descendiente?

Retrocedió, confundida, soltándolo. Ni corto ni perezoso, el chaval huyó entre gritos, subiendo la escalera hacia la calle, sin importarle dejar sus zapatos. El espectro, recuperando el control de sí misma, se miró las manos.

¿Había estado a punto de dañar a un humano inocente?

—No, ¡no! Tenías que haberlo matado —dijo una voz desde las cañas.

—Me tendría que haber imaginado que eras tú —replicó el fantasma, sacudiendo la cabeza para despejarse del todo. El gusano cayó y se alejó nadando por el río—. Eso era una de tus crías, ¿no? Eres el Lagarto de las Peñas.

—Y tú eres demasiado lista —contestó el ser, mostrándose por fin—. Lo suficientemente inteligente como para escuchar lo que tengo que contarte.

Aunque parecía un humano, no lo era. Su cuerpo mutaba poco a poco, cambiando su color de ojos, su forma de la cara... Ahora parecía un hombre anciano, ahora una mujer madura, ahora un niño regordete. Suponía que podía controlar de algún modo la metamorfosis, pues la usaba para esconderse entre las personas y timarlas. Y ella lo había visto ya antes, con su forma de reptil, siempre con la misma idea funesta entre manos.

—Ya hemos hablado de esto: no pienso ayudarte en tus asuntos. De hecho, acabas de utilizarme con una de tus... cosas. No debería confiar en ti nunca más.

El ser se carcajeó:

—¡Tanto tiempo y tú sigues sin entenderlo! Los humanos son una plaga. Construyen sus civilizaciones derribando lo que hay debajo, dañan a la naturaleza y nos obligan a escondernos. ¿Qué es un río, un pantano, un monte, para ellos? ¡Esta tierra debería ser nuestra! Piensa en el resto de animales. Ahora mira a las personas que tanto defiendes. ¿Qué han hecho por ti, por nosotros?

La joven entrecerró los ojos. Tal vez por culpa de un humano había acabado en el río, su alma incapaz de hallar descanso; tal vez había odiado durante décadas, pero eso no le había llevado a nada; tal vez se había sentido tentada de ahogar a alguien, pero siempre lo

había soltado dejando nada más que un moratón en su cuerpo, y se arrepentía hasta el día de hoy.

Ellos no tenían la culpa. Había muchos tipos de personas, y la mayoría eran gente amable, dispuesta a ayudar. Por cada humano que ella había tocado, presa de un arrebató de odio, había unos amigos, una familia, que lo habían asistido. Por cada persona que la había desprestigiado había cientos que la hubieran acompañado. Y ella había visto eso, y había decidido apartarse e ir a vivir a las profundidades del río, confiando en las personas que querían construir un mundo mejor.

—Te olvidas de que una vez yo fui humana —respondió, alzando la barbilla—. Solo porque tú creas que esta tierra te pertenece no debemos condenar a una civilización. Los seres como nosotros no tenemos que castigar ni intervenir, sino dejar que construyan su mundo, y velar por ellos. Yo no voy a cambiar ahora.

El Lagarto la observó, sus ojos entrecerrados, con la pupila vertical.

—Por favor, vete de este río —rogó ella—. Voy a defender esta ciudad para asegurarme de que no hagas más mal. Y no vayas a tratar de convencer a los otros seres sobrenaturales: nunca obtendrás poder de nosotros si lo que buscas es hacer daño.

Tragándose sus palabras, la criatura se marchó. Aunque la joven sabía que volvería a intentarlo más tarde, de momento estaba a salvo. Volvió al agua de nuevo, respirando profundamente. La Luna llena la calmaba, mientras la niebla se iba desvaneciendo, y con ella su agitación.

Cuando pasó bajo el puente, algo le llamó la atención. Apoyado en la piedra, el chaval que había asustado suspiraba mirando al río, con unas marcas oscuras en su muñeca, en el lugar en el que ella le había tocado.

Se parecía mucho al chico que, en un arrebató de odio, ella había tirado al agua, un siglo atrás, precisamente porque tenía el mismo aspecto que aquel que una vez la traicionó... Sacudió la cabeza. No podía sino lamentar lo ocurrido, y evitar que se volviera a repetir.

—Dama Blanca del Guadiana —susurró el joven, en lo alto del puente, sin verla—. Perdón por haber tirado el paquete de patatas fritas al río. No me persigas, no volveré a hacerlo.

El espectro sonrió, conmovida por esa buena voluntad.

Las aguas del Guadiana no eran hogar para una sirena, pero ella no era una sirena. Era un fantasma, un recuerdo de una desgracia pasada, de manos y piernas transparentes, perseguida por los remordimientos y las ganas de desaparecer.

Sin embargo, hoy podía permitirse ser una sirena. Se escondió junto a la cuarta pilastra del puente y, tras aclararse la voz, comenzó a cantar. Entonó una melodía dulce que se enrolló entre las piedras como si fuera bruma, una canción para calmar a las personas, para recordarles que, no importa cuántas veces erremos, todos tenemos derecho al perdón.